

Dixe, y con razon, que á la frente de sus exércitos, no parecia aquel Rey pacífico y clemente, sino que era un héroe que siempre se manifestaba mas intrépido, á proporcion que se aumentaba el peligro; mas magnanimo en las pérdidas que en las victorias, terrible para sus mismos enemigos, aun quando era su prisionero. ¡Con qué valor restableció la gloria y magestad de su trono, que se hallaba debilitado con las disensiones que habian nacido en su menor edad! los Grandes, con pretexto de estar disgustados de la Regente, habian tomado las armas contra su Rey; un Principe de su sangre, hecho caudillo de los rebeldes, lo arrastraba todo á su partido, y yá la mayor parte de las Provincias, gobernadas entonces por otros tantos pequeños Soberanos, no querian reconocer al Señor universal; el jóven Luis, entre estas turbaciones tan peligrosas para una autoridad que se hallaba tan en sus principios, junta tropas, persigue á los rebeldes, gana las ciudades, y reduce las provincias á su obligacion; el Principe, Gefe de la rebelion, pide la paz; los Grandes siguen su exemplo, y obligados á ir á implorar la clemencia del vencedor, se admiran al ver que en él hallan un padre; y viéndole superior siempre, ó al peligro, ó á la victoria, se dán el parabien de una desgracia que los ha proporcionado un dueño tan amable, y que los ha dado á conocer un tan gran Rey.

Sujetando de este modo los enemigos domesticos, se ensayaba nuestro piadoso héroe para combatir algun dia con los enemigos de la fé; miraba con dolor empleadas las armas de los Principes Christianos en destruirse unos á otros, y que sus funestas discordias aumentaban cada dia la insolencia y las conquistas de las naciones infieles: impelido de un zelo santo sale, como otro Abraham, de su tierra, y de la casa de sus padres, abandona todas las delicias del trono, y poniéndose á la frente de sus mas valerosos vasallos, vá volando á vengar la gloria de Jesu-Christo, ultrajada por unos bárbaros, que todavia pi-

sa-

saban una parte de los Santos Lugares de la Palestina, y que amenazaban de invadir el país que poco antes habia conquistado el valor de los Franceses: ¡ó tierra desgraciada! que regada con la sangre de Jesu-Christo, y consagrada con los mysterios que obraron la salud de todos los hombres, no obstante esto todavia gimes, á pesar de los esfuerzos de nuestros padres, bajo una dura servidumbre, para servir sin duda de monumento hasta el fin á la verdad de las Profecías del Salvador, y á la triste reprobacion de los Judios; ¡ó tierra desgraciada! quando viste armado á este piadoso héroe para libertar á la santa Ciudad de Jerusalém, te acordaste de tus antiguos dias de gloria y de alegria, te manifestaste animada de una nueva esperanza, te pareció que volvias á ver á los Josués, á los Gedeones, y á los Davides á la cabeza de sus Tribus, que venian á romper tu yugo, y á libertarte de la servidumbre y opresion de un pueblo incircunciso. Pero todavia no habia llegado el tiempo de tu libertad; todavia no estaba expiado el delito de tus padres, y el Señor solamente queria glorificar á su siervo, probandole, pero no queria poner fin á tus desgracias é ignominia.

Con todo eso, todo parece que anunciaba un feliz suceso: la santidad de la empresa, el zelo ardiente de una nacion acostumbrada á vencer, la felicidad de la primera expedicion, gobernada por el valeroso Godofre, las oraciones de toda la Iglesia, que añaden siempre nueva fuerza á las armas que pelean por la gloria del Señor, y finalmente el valor y la piedad del Principe á quien solamente el zelo de la religion habia inspirado aquel grande y devoto proyecto. Digo su valor, porque, Catholicos, ¿quién es capaz de referir las heroycas acciones que hizo en una guerra tan famosa por sus desgracias, y por su fé? Unas veces hallandose á las puertas de Damietta, impaciente de vengar la gloria del Señor, se arroja al agua con la espada en la mano, y con el escudo colgado del cuello, y adelantandose á sus tropas á vista del enemigo, exclama como

mo

mo otro Theodosio, ¿dónde está el Dios de Luis? Aníma á los suyos, que estaban atemorizados con lo grande del peligro; infunde terror en sus enemigos con lo terrible de su aspecto, y Damietta se rinde á su valor y á su fé. Otras veces, corriendo adonde era mayor el peligro, exponiendo cada instante, con su persona, la salud de su exercito, sordo á las súplicas de los suyos, se arroja al combate como un simple soldado, sin acordarse de que es Rey, sino para pensar en que está obligado á dar su vida por la salud de su pueblo: otras veces, invencible aún en las cadenas, está representando la Magestad del trono en su valor, y en su grandeza de animo, y no obstante estar cautivo, hace que le respeten los barbaros vencedores.

No, Catholicos; (y este es el fruto de la primera parte de este discurso) aquellas grandes prendas que tanto admira el mundo son heroycas en los Santos; y en los demás, ó son pasiones, ó flaquezas. La virtud es la unica raíz del verdadero merito. Las mas illustres acciones de los pecadores, como siempre se arriman á la corrupcion del corazon de donde nacen, se avergüenzan de la bajeza de su origen. Hay algunas que son como aquellas nubes resplandecientes, que nada tienen de hermoso mas que la vista, y que tienen su origen en el mas vil cieno de las lagunas. Es verdad que se aplauden las victorias de un Conquistador, pero si está corrompido su corazon, si no teme al Señor, aunque se alaben sus felices sucesos, el heroe merece pocas alabanzas, y lo que se tiene por grandeza de animo, ó es una ferocidad natural que le hace intrepido, ó una temeridad, que no le dexa ver el peligro, ó una bajeza de alma, que todo lo expone y arriesga por grangearse unos vanos elogios. Alabamos la constancia de un hombre á quien no puede abatir la adversidad, pero si el principio de su constancia no está en su fé, en el consuelo de su propia conciencia, y en la sumision á las ordenes de Dios que le castiga, es un impostor que se hace traycion á sí mismo y nos engaña, ó un barbaro que no tiene capacidad para sentir.

Sed,

Sed pues Santos, Católicos, si quereis ser verdaderamente grandes; la virtud, aunque la teneis por flaqueza, es la que unicamente enoblece el corazon, la que le hace superior á las pasiones vulgares, y forma las grandes prendas, porque ella sola es la que nos hace que obremos gobernandonos por grandes principios. De este modo S. Luis fue un gran Rey á la vista del mundo, porque fue un Rey santo en la presencia de Dios, pero aún no he dicho bastante; se persuadió á que debia ser tanto mas santo á la vista de Dios, quanto mas grande era á la del mundo; y esto es lo que me falta probar.

## SEGUNDA PARTE.

**N**O hay error mas recibido en el mundo, que el que nos hace mirar la clase y el nacimiento como titulos que dispensan en las obligaciones del Evangelio. Nos parece que la extrema desproporcion que se halla entre las obligaciones de una vida christiana, y las costumbres inseparables de la grandeza, debe moderar, respecto de los Grandes, la austeridad de las santas reglas; como si los obstáculos para la eterna salud, que son castigo y maldicion de su prosperidad, pudieran servir de privilegio que los facilitase los caminos; y como si lo que es peligro, y desgracia para los Grandes, pudiera servirles al mismo tiempo de seguridad y provecho. Se persuaden á que quanto mas elevada es su clase, mas crece en la presencia de Dios el merito de sus obras, aun de las mas leves; y que por poco que hagan por el cielo, sus débiles esfuerzos, hinchados con sus titulos y dignidades, tienen el mismo peso en la balanza del Soberano Juez, que las mas abundantes justicias, y que las obras mas santas y penosas de las almas vulgares.

A una ilusion tan comun opuso S. Luis los fines de la fé: en vez de mirar el trono como un puesto que justifica las costumbres sensuales, conoció, con San Ambrosio, que

Tomo VII.

Aa

quan-

quanto mas habia recibido , mas se le habia de pedir ; y que siendo infinitos los peligros del trono , casi irreparables sus faltas , y sumamente esencial el buen exemplo del Soberano , tenia necesidad de mas vigilancia para conservar en él pura su alma ; de mas mortificacion , para expiar en él , además de sus propias flaquezas , tantas culpas ajenas inevitables en los grandes puestos ; y finalmente mas fidelidad en sus obligaciones domesticas , para servir de modelo á sus pueblos.

Dixe en primer lugar , mas vigilancia para conservar en él pura su alma. A la verdad , Católicos , que todo es un continuo peligro en la dignidad Soberana ; en ella se mantiene la vanidad con las injustas adulaciones , se vén aplaudidas las pasiones por unas indignas alabanzas , la autoridad suprema facilita los placeres , la multitud de negocios , ó la ociosidad producen el olvido de Dios ; finalmente , se hallan unas costumbres aprobadas por todos los siglos , pero reprobadas por la ley de Dios , que es mucho mas antigua ; el mas peligroso de todos estos escollos es el no conocerlos , porque como los Grandes siempre están oyendo alabanzas , y nunca oyen instrucciones , perecen regularmente , aún sin haber sabido que tenían motivo para temer.

Convencido nuestro piadoso Principe de estas sublimes verdades , ordenó su vigilancia para atender á esta multitud de peligros. Regularmente luego que los Grandes se olvidan de Dios , no conocen límites en su libertad ; cansados de los desordenes comunes , necesitan de unos excesos extraordinarios para avivar sus sentidos satisfechos de de deleytes , y aún en la misma culpa solamente los puede agradar una funesta y enorme singularidad. Por eso aquel Principe de Babylonia no hubiera hallado gusto en las impuras disoluciones de sus festines , si no los hubiera sazonado con la sacrilega profanacion de los vasos del Santuario. Nuestro Santo Rey se figuraba como monstruos los mas leves defectos ; no hubo cosa que tanto aborrecie-

se . como al pecado que mata al alma , y la hace rea de la eterna desgracia de su Dios. No podia comprehender cómo habia hombres que conociesen en la tierra otras desgracias mayores que la de caer en pecado ; este era el asunto ordinario de sus conversaciones , y como decia muchas veces , le hubiera parecido una gran ganancia el perder su reyno , si con esto pudiera evitar un solo pecado ; resucitad ¡oh Dios mio! entre los Grandes y Principes de vuestro pueblo una fé tan viva , y tan digna de la religion ; hacedlos que conozcan que en la mas alta fortuna , y aún en el mismo trono nada son , y todo lo han perdido si tienen la desgracia de perderos.

A este modo de pensar añadió San Luis las precauciones y los remedios , porque ¿quién ignora Católicos , que la adulacion es el escollo de los mejores Principes , que no teniendo al rededor de sí sino ojos favorables , y lenguas lisonjeras , nunca vén sus vicios sino baxo las agradables apariencias de virtud , y que todo les engaña , porque el arte de agradarles consiste en saberlos engañar ? Nuestro Santo Rey no tuvo aduladores , porque no amaba los excesos ; rodeado de un gran numero de amigos santos y fieles , los miraba como á censores de sus acciones , y los mas sincéros eran á los que mas estimaba : persuadido á que los Principes nunca saben sino las verdades agradables ; que son dignos de lastima , porque su poder solamente se estiende á no tener amigo alguno , y á hacer falsos y tímidos á los hombres , con los mismos favores con que procuran ganarlos , buscó en los justos aquella rectitud de corazon , aquella sinceridad en las palabras , y aquella desinteresada libertad que solamente en ellos puede hallarse. Quería ser instruido , y no quería ser lisonjeado ; la verdad solamente es odiosa para aquellos que temen el conocerla.

Pero no contento S. Luis con evitar los peligros de su dignidad , se persuadió á que estaba obligado á expiar continuamente aquellas faltas , ó inevitables , ó desconocidas.

Porque, Católicos; qué abismo no es una grande dignidad que nos coloca sobre los pueblos, y que en la presencia de Dios nos hace responsables de la suerte de las ciudades y provincias, de la tranquilidad de las familias, de la observancia de las leyes, de las resultas de la paz ó de la guerra, de la abundancia ó de las calamidades públicas, de la libertad ó de la disciplina de las costumbres, de los artificios y de las pasiones humanas, de los abusos que quedan sin castigo, ó que se autorizan con el mal exemplo, de las virtudes que se desprecian, ó que acaso se persiguen, de los favores que se conceden al vicio, ó que se niegan al merito? ¡Gran Dios! Vos no abandonais á los Grandes y Poderosos. Pues Vos mismo sois quien los ha establecido, y de Vos solo tienen su poder; pero es indubitable que los grandes puestos son grandes escollos para la salvacion.

Lleno de estas ideas de la fé, gemia continuamente nuestro Santo Rey con el peso de la corona, y con la multitud de sus cuidados y obligaciones; no le deslumbraba el resplandor que rodea al trono, pero le atemorizaban los inmensos cuidados y obligaciones que se ocultan baxo su engañoso resplandor. Castigaba en su propia carne los públicos desordenes; miraba los pecados de sus pueblos como pecados propios suyos; se creía obligado á expiar todo lo que no podía remediar, y baxo el resplandor de la purpura real ocultaba la mortificacion de Jesu-Christo. La austeridad de un cilicio casi continuo affigia la inocencia de su cuerpo, y solamente suspendia esta dolorosa mortificacion por obedecer las ordenes de su Director de conciencia; aquellos miembros que nunca habian servido á la sensualidad, servian á la justicia y á la penitencia; y con todo eso, hoy no nos atreveriamos á ordenar á los Grandes estas penitencias, aún despues de sus mayores delitos; las obras de Religion que hacen, aún las mas leves, están siempre acompañadas de unos elogios tan pomposos, que apenas podrian tributarse á la virtud mas consumada;

lue-

luego que dexan de ser modelos del vicio y del libertinaje, empiezan á ser mirados como modelos de virtud. Por eso, como S. Ambrosio decia al gran Teodosio, en los pasados siglos se vieron muchos Principes pecadores sentados en el trono, pero no se vió mas que un David penitente. ¡Quántas veces en las públicas calamidades que affigian al reyno, vió esta ciudad capital á nuestro Santo Rey atravesar sus calles, cubierto de ceniza y de cilicio, para ir á implorar públicamente en nuestros Templos las piedades del cielo, ofrecerse á sí mismo, á exemplo de David, como víctima de propiciacion por todo su pueblo; mirarse como causa de las públicas desgracias, y decir al Señor, como aquel Principe: Dirigid ¡oh Dios mio! contra mí solo la espada de vuestro furor, y de vuestra indignacion; perdonad á este pueblo que habeis escogido, que os conoce y adora, y cuyo pecado á vuestra vista, acaso no es otro mas que tener un Principe á quien habeis llenado de favores, sin que por eso os sea mas fiel!

*Vertatur obsecro manus tua contra me; ego sum qui peccavi, ego iniquè egi, isti, qui oves sunt, quid fecerunt?* (a)

Y verdaderamente, Católicos, que estas expresiones tan humildes en boca de San Luis no serian mas que una confesion sincera en los Grandes. Las desgracias de los pueblos casi siempre son efecto de los pecados de los poderosos: Sí, Católicos, el pueblo sencillo adora todavia al Dios de sus padres con una fé humilde, y con una conciencia sincera; la religion parece que solamente está guardada para él, quando ésta entre los Grandes y poderosos no es mas que un problema; entre éstos la fé pasa por credulidad, la impiedad regularmente no tiene mas freno que el respeto al Soberano, ó su religiosa severidad; la sensualidad no conoce, ni aún los sagrados límites de la naturaleza, y de la humildad; la molestia y saciedad que

si-

(a) 2. Reg. 21. v. 27.

sigue á los placeres es la suerte de los mas prudentes y virtuosos. Con todo eso, Católicos, siendo vosotros los que unicamente atraeis sobre los pueblos los públicos castigos, solo el pueblo es el que lo experimenta; todos los dias estais alegando las públicas calamidades para minorar vuestras limosnas, y escusaros de socorrerlas; vuestro juego, vuestras mesas, vuestras profusiones, ni vuestros deleytes, nada padecen en esto; solamente cercenais las obligaciones de la misericordia; vosotros sois los únicos culpados, y solamente los pobres experimentan el castigo; vuestro mismo pecado os sirve de escusa; las públicas calamidades, que siempre son castigo de vuestras disoluciones, y que debieran ser el justo motivo de vuestras lagrimas y liberalidades, lo son de vuestra dureza y barbaridad; vosotros habeis atraído la indignacion de Dios sobre su pueblo con el mal uso que habeis hecho de los bienes con que os ha enriquecido, y al mismo tiempo avivais su furor negandolos á los infelices, á los que solamente hiere para daros ocasion de que le aplaqueis aliviandolos. ¡Ay de vosotros! que despues de haber abusado de las gracias del cielo, abusais tambien de sus castigos; é igualmente insensibles á las demostraciones de un Dios benéfico, ó severo, en todas las cosas hallais motivo de pecado, ó pretexto para vuestra impenitencia.

A lo menos, Católicos, vosotros debeis dar buen exemplo á los pueblos, aún quando tuvierais algunos pretextos para escusaros de la reparacion de los públicos males que los afligen; ultimo motivo de virtud que halló nuestro Santo Rey en la dignidad soberana. El exemplo de los Grandes decide casi siempre de las costumbres públicas; los hombres gustan de tener grandes modelos, y por una vanidad natural que cada uno halla dentro de sí mismo, nos parece que imitando sus costumbres participamos de su grandeza y nacimiento; el pueblo, con especialidad, que es incapáz de formarse reglas, busca exemplos; y asi como los Grandes le parecen mas dignos de

en-

envidia, tambien le parecen los mas dignos de ser imitados. Añadid á estos motivos que inspira la naturaleza, otros motivos de condescendencia, de temor, ó de fortuna, que dañan á los Grandes tantos imitadores, y que hacen tan peligrosos ó tan utiles los exemplos de aquellos á quienes se tiene interés en agradar.

Y asi quanto mas expuestos estamos á la vista del público, mas deudores somos á nuestra clase del espectáculo de una vida pura é irreprehensible: por eso, todavia estamos admirando en San Luis las qualidades de un gran Rey, juntas con todas las virtudes de un simple fiel; en aquellas ocasiones en que lo pedia la dignidad del Trono, se manifestaba mas magnifico que todos los Principes de su siglo, volviendo despues á revestirse de aquella sencillez christiana de que no están dispensados los Grandes, y aún excediendo á sus vasallos, como lo advierte la historia de su vida, en la simplicidad de sus vestidos, y en la frugalidad de su mesa, enseñandonos en esto, que la costumbre solamente puede servir de ley para los que la aman, y que las pasiones de los hombres, y no la clase, ni las dignidades, son las que han hecho necesario el luxo y las profusiones. Por otra parte, estaba lleno de un noble valor quando se trataba de mantener los derechos del Imperio, de sujetar los vasallos rebeldes, ó de hacer respetar á unos vencedores barbaros la magestad de su clase; pero al acabar con estas funciones, se le veía, ya presentar al pie de los Altares la compuncion y humildad de un penitente, ya postrar á los pies de los pobres, á quienes servia todos los dias con sus propias manos, la Magestad Real; ya sepultar él mismo en medio del contagio, y derrota de su exercito, á los Soldados muertos por la gloria de Jesu-Christo, animando á los suyos con su exemplo; y no obstante el olor de muerte que esparcia el ayre inficionado con la corrupcion de los cuerpos, y el horror del espectáculo, mas queria exponer su

per-

persona á esta infeccion mortal , que dexar expuestos á que fuesen insultados de los infieles unos cuerpos consagrados con la gracia del Bautismo , y con la gloria de haberse entregado á la muerte en honra de la religion. Este es un exemplo rarissimo , pues los Grandes creen que solamente han nacido para sí mismos , que no deben hacer caso del interés y felicidad de los pueblos , si les ha de costar el privarse del menor placer ; miran á los demás hombres como criaturas de otra especie , destinadas solamente para servir á sus pasiones y locuras ; y en vez de ser víctimas del bien público , regularmente sirve el público de víctima á sus injustos antojos.

Despues de haberos manifestado á San Luis como exemplar de sus pueblos , y modelo de Reyes , si lo permitiera la brevedad de un Panegyrico entraria á registrar sus obligaciones domesticas , y os le representaria como modelo de padres de familias. A la verdad , Católicos , parece mas facil el cumplir fielmente con las obligaciones públicas , porque en ellas , como que nos sostiene el mismo resplandor de las acciones ; pero en la práctica de las obligaciones domesticas y ordinarias , como que no cuidamos tanto de nosotros mismos , y por eso se manifiesta mas en ellas la sólida virtud ; no hay cosa mas rara en la virtud , particularmente de los Grandes , los quales se dexan llevar mas de las inconstancias del genio , que los demás hombres , que el cumplir dignamente con esta parte de su vida , que está mas oculta á la vista del público , y reducida á las obligaciones de su casa.

Con todo eso , nunca sirvieron de estorvo los cuidados de un tan vasto reyno á nuestro Santo Rey , para que ofreciese todos los dias al Señor , á la cabeza de su Real familia , comunes súplicas y fervorosas oraciones. Su Palacio era un Oratorio , y aquella soberbia mansion de los Reyes en donde se forman todas las pasiones , y desde donde se reparten despues por toda la tierra , era la man-

sion

sion de la inocencia , en donde se invocaba al Señor , y desde donde manaban para todo el reyno fuentes de vida y de virtud.

De este modo , tanto con su exemplo , como con sus consejos , inspiraba desde luego el temor de Dios á Philipo su Primogenito , y á los demás Principes hijos suyos. ; Con qué piadoso respeto de la memoria de este Santo Rey se leen todavia , Católicos , los cuidados de que se encargaba para su educacion ! todas las noches hacia que se presentasen delante de su persona , y estudiaba en la sencillez de sus conversaciones las inclinaciones que cada uno manifestaba , ó para enderezarlas quando parecian peligrosas , ó para cultivarlas quando eran laudables ; los proponia en las historias de los Reyes sus antepasados los exemplos de vicio y de virtud , y los hacia que reparasen en la diferente suerte de los buenos y malos Principes , en la felicidad ó desgracia de sus reynados , y en los oprobrios ó alabanzas que la posteridad , siempre equitativa , tributará hasta el fin del mundo á su memoria , animandolos con estas razones á que imitasen las buenas y benéficas prendas de los unos , y á que se abstuviesen de los vicios y defectos de los otros ; bien sé , Católicos , que todo el mundo gusta de dár lecciones de virtud y probidad á sus hijos , que todos se precian de proponerlos las mas severas y heroicas máximas de la prudencia , pero el exemplo doméstico no es conforme á estas instrucciones ; al mismo tiempo que se les proponen las virtudes de sus mayores , se debilita , desmintiendolas con unas costumbres muy contrarias , la impresion que pudiera hacer la memoria de aquellos modelos ; y así en vez de inspirarlos pensamientos de virtud en estas instrucciones , desmintiendolas con el mal exemplo , se les acostumbra á que desde luego empiezen á hacer juicio de que la virtud no es mas que un puro nombre , que las máximas que se les proponen no son mas que un lenguaje , y un modo de hablar , que ha pasado de padres á hijos,

jos, pero que siempre ha tenido contra sí la costumbre; y finalmente, que aquellos sugetos que en todo tiempo han parecido mas celosos defensores de la virtud, en la realidad siempre han sido semejantes á los demás hombres.

Este fue aquel Santo Rey cuya vida he referido con tanta brevedad, pues desde luego hice juicio que la relacion de su vida era su mayor elogio, y una excelente instruccion para los fieles; una tierra infiel recibió sus ultimos suspiros; las desgracias de su primera expedicion en Palestina no pudieron apagar su zelo; quebrantado ya, no tanto con los achaques de una edad abanzada, y con las fatigas de sus viages y guerras, como con las austeridades de una vida áspera y penitente, marcha de nuevo contra los infieles, seguido de sus Principes y tropas, desembarca en Africa, persuadido á que si puede arrojar de aquellos parages á los enemigos de Jesu-Christo, esta conquista le facilitaria la de los Santos Lugares, y de aquella tierra, cuya libertad habia sido siempre el piadoso objeto de todos sus deseos; pero muere como Moysés antes de haber podido pasar el Jordán; saluda desde lejos, como él, aquella tierra feliz prometida á su posteridad, y consolandose como Moysés, con la esperanza de que sus sucesores restituirian algun dia al pueblo de Dios en su heredad, y arrojarian de ella á los enemigos del Señor; Muero en esta tierra estraña, dixo á sus hijos, y á los principales Gefes de su Ejército, como habia dicho Moysés al tiempo de morir. *Ecce morior in hac humo.* (a) El Señor niega sin duda á mis infidelidades el consuelo que tanto habia deseado de libertar su heredad. *Non transibo Jordanem.* Pero vosotros, ó vuestros sucesores la libertareis; y esta tierra prometida al pueblo de Dios, será por ultimo conquista de los herederos de mi sangre, y de mi trono. *Vos transibitis, & possidebitis terram egregiam.*

(a) Deuter. 4. v. 22.

¡Oh

¡Oh Dios mio! Conservad á la Francia una tan santa y augusta posteridad: haced que hasta la ultima generacion pasen á los descendientes de San Luis, con su sangre y su corona, todas las virtudes que tan respetable hicieron su nombre á sus vecinos, y su reynado tan feliz para sus pueblos: dad siempre vuestra justicia y vuestros juicios á los hijos de este Santo Rey; hacedlos Santos, y asi los hareis grandes; no los hagais vencedores de Provincias y Reynos, sino Padres de sus vasallos; las mas famosas conquistas muchas veces hacen temblar al trono en que está sentado el Conquistador, pero el amor de los vasallos siempre le asegura mas; atended á los votos que ofrecemos todos los dias por el mas célebre de todos sus sucesores, en el que nada tenemos que desear sino un reynado tan Santo y dilatado, como ha sido glorioso hasta ahora; favoreced sus piadosos intentos, iluminad la rectitud y santidad de sus intenciones; manifestadle vos mismo vuestros caminos, pues él los busca con sinceridad, y su mas fervoroso y manifiesto deseo es el conocerlos. Bendito seais, Señor, pues habeis querido santificar la prosperidad y su reynado, haciendo que su fama sirva para su eterna salud, enriqueciendo su historia, llena ya de tantos prodigios, con acciones de fé mas durables y permanentes que las victorias y conquistas, y poniendo el sello á todas las gracias con que hasta ahora le habeis favorecido, con la mayor de todas, quiero decir, con una piedad amorosa y sincera.

Y vosotros, Católicos, al ver estos grandes exemplos no os avergonzeis de la virtud como de una flaqueza: acordaos de que este es el mas alto punto de gloria á que puede llegar un hombre; que solamente la virtud dá estimacion y verdadera grandeza á nuestras acciones; que sin ella los mayores hombres son viles y pequeños, y que con ella los mas pequeños y desconocidos son grandes Heroes; y finalmente, que no hay cosa alguna real y verdadera en la tierra, sino lo que hacemos por el cielo, que es el que deseo para todos vosotros. Amen.

Bb 2

SER-